



PYRENAICA

ANALES DE LA FEDERACION VASCO-NAVARRA DE ALPINISMO

*"...para el fomento de la noble afición a la montaña,
las enseñanzas del excursionismo y el amor a la
Naturaleza, con especial interés en lo que afecta
al País Vasco Navarro."*

MONTAÑISMO-TURISMO Y EXCURSIONISMO-ARTE Y ARQUEOLOGIA-TOPONIMIA
Y ESPELEOLOGIA-ESTUDIOS E INVESTIGACIONES

AGÜERO

VOL. IV

ENERO - FEBRERO - MARZO - 1929

NÚM. 12

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL: ES PROPIEDAD; DERECHOS RESERVADOS.—AUTORIZADA LA REPRODUCCIÓN CITANDO LA PROCEDENCIA EDITORA: FEDERACIÓN VASCO-NAVARRA DE ALPINISMO.—DIRECCIÓN POSTAL: BILBAO-ORUETA, 2.-CLUB DEPORTIVO
SUSCRIPCIÓN ANUAL: PTAS. 2 PARA LOS MIEMBROS DE LA F. V. N. A. Y PTAS. 4 PARA LOS NO MIEMBROS.-NÚMERO SUJETO: PTAS. 4
COMITÉ DE LA REVISTA: LOS PRESIDENTES DE LAS CUATRO SECCIONES.—DIRECTOR: MANUEL DE LA SOTA Y ABURTO
ADMINISTRADOR: JUAN JOSÉ BARDESI Y BARANDICA

Vuelo en retorno de mustias ideas

LEYENDO UNOS APUNTES MARCHITOS
DE MOMENTOS QUE VIVÍ EN EL MONTE

De lo escrito a lo vivido.

El monte no nos deja leer..... y hace bien. Abrir aquí, en la cumbre, un libro, es una blasfemia, tanto mayor cuanto más bello sea su contenido. La belleza del concepto escrito lucha por unos momentos con la belleza del ambiente y acaba por vencer la mayor, la más real. En este pugilato puede anunciarse el k. o. de antemano. Uno se convence que lo único que aquí puede leerse es alguna que otra cosita ligera, algo de prensa local, por ejemplo. (Donde mejor he llegado a comprender la insípida literatura de vanguardia ha sido leyéndola en una cima.) La mezquindad del motivo no choca con la belleza que nos rodea. Pasando unos días en un refugio de montaña quedó virgen un volumen de poesías de Francis Thompson; los diarios de Bilbao, en cambio, se asimilaban como agua. El monte se mostraba impasible ante la relación de aquel hormiguero de egoísmos y mezquindades. Hasta las esquelas de defunción perdían toda esta grotesca solemnidad que pretenden darlas las agencias funerarias; no nos hacía mella el recuerdo de la muerte entre tanta vida eternísima.....

La montaña está muy celosa de su hermosura; no quiere oír entonar bellezas en su derredor.

Lo vivido escrito.

Viviendo los instantes de la cumbre—estrofas de un gran poema—muchas veces me he preguntado: ¿por qué no poseeremos una literatura de montaña, como tenemos una literatura del mar? Existen, claro está, innumerables relatos de excursiones por las crestas más altivas de la tierra que sugestionan hondamente; pero un itinerario, por accidentado que sea, no suele ser literario, como no lo es un cuaderno de bitácora. ¿Por qué el alpinista suele dejar en casa al poeta que todo hombre lleva en su alma?

La montaña pide a gritos un cantor de sus bellezas abstractas, una obra completa, como la de Conrad, por ejemplo, en la que el mar adquiere una personalidad propia y definida, una personalidad más palpitante que la de los mismos personajes que se mueven sobre él.

A nosotros los vascos, que vivimos apesados entre estos dos trágicos elementos que modelan nuestras vidas, nos ocurre lo propio. A muchos de nosotros nos atrae la montaña con más fuerza que el mar; hemos transcurrido en las cimas instantes de más íntima emoción que sobre las aguas, pero no contamos con un personaje *parido por los montes* que oponer a la racialísima figura de Shanti Andía, por ejemplo.

Nuestras montañas han dado a luz una legión de lamias y *mailagorris* que andan por esas cumbres peinándose con peine de oro, pero ni a un solo héroe popular que calce albarcas y toque boina. Los personajes creados por el monte son entes fantásticos que se disipan como las nubes de Anboto; el mar, en cambio, los crea de carne y hueso, con alma y cuerpo. ¿Y a qué se deberá esto? Porque si el mar quita la vida, también la montaña mata, y si en la inmensidad de las aguas navega un enorme misterio, también en las cimas jamás habitadas se cierne un misterio inexplicable. Pero, a pesar de todo, la atracción de la montaña no ha plasmado aún en un tipo representativo como es el marino aventurero, y lo que es más extraño aún, los grandes alpinistas no han sido capaces de enriquecer la literatura, no con relatos de ascensiones, que eso ya lo han hecho, sino con los sentimientos originales que les inspiraron aquellos instantes únicos.

Javelle, que tal vez sea el único literato entre los grandes alpinistas, trata de explicarnos este fenómeno: «Debemos extrañarnos menos de que las montañas no hayan producido poetas. La montaña mata el ensueño. El pensamiento permanece mudo ante su enorme y emocionante realidad. Todo lo que puede hacerse es, una vez de vuelta, resucitar recuerdos, pensar, pensar siempre, enriquecida el alma con lo que han cosechado los sentidos de más fuerte y espléndido».

Y es que el monte posee una enorme fuerza espiritual que, al gravitar sobre nosotros, nos enmudece. Todos los alpinistas, por eso, no han sido capaces de comunicarnos sus emociones espirituales en la cima conquistada, y los poetas que han pretendido cantar las cumbres desde su mesa de trabajo, no han dicho más que majaderías sensibleras a lo Lamartine.

Nuestros poetas se niegan a hacerse alpinistas, y nuestros alpinistas se niegan a hacerse poetas. El dilema es extraño y hasta inexplicable, ya que el poeta es el único hombre que lleva su frente entre nubes, y el alpinista también.

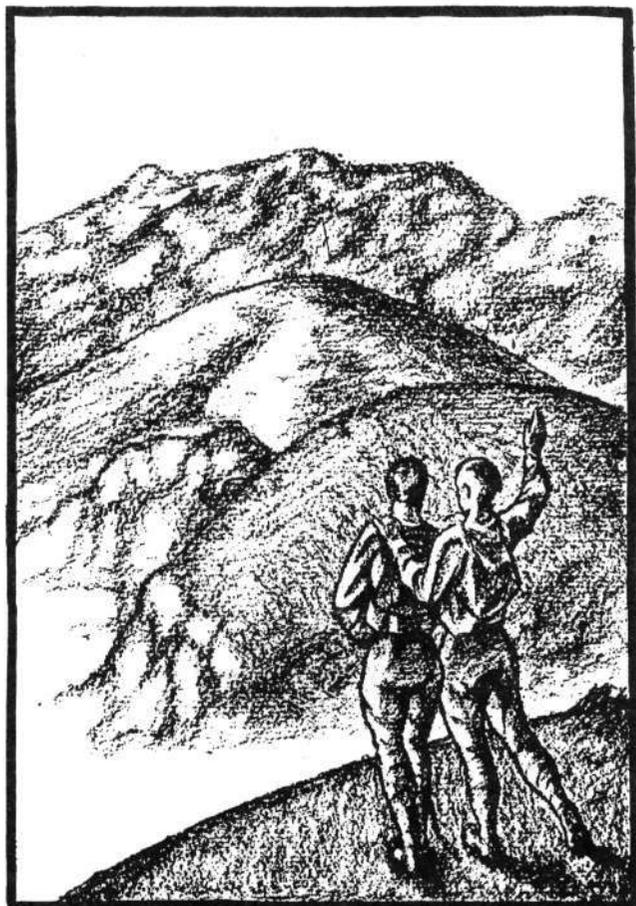
Monte, que invitas a amor.....

El deporte, con la porción de riesgo que encierra, hace brotar en el corazón del hombre uno de los afectos—¿por qué no llamarlo amor?—que más empieza a escasear en el mundo: la amistad, que está padeciendo la misma crisis que todo lo que siendo espiritual nada más, pretende vivir vida propia.

El afán de la victoria, el peligro en la lucha, unen fuertemente a los hombres con un lazo de viril compañerismo. Puede ser que sea ésta la cualidad primordial del deporte. Y si hay un milagro—todo llega a ser milagro y nada deja de serlo en este mundo—en un partido de fútbol, es que transforma en compañeros a once hombres durante noventa minutos. Un equipo de fútbol es una familia de once hermanos que no dura más que una tarde; tal vez por esto se convierten algunas veces nuestros campos de juego en patios de vecindad.

Y este compañerismo verdadero donde con más fuerza se revela es en la soledad de la montaña. Libres de los prejuicios de la ciudad, a solas con el mismo esfuerzo y el mismo peligro, hombre a hombre, parece que nos despojamos de todo lo carnal, y que nuestras almas salen llenas de luz de nuestros pechos, y que la amistad se hace carne y se eleva en la cúspide de la montaña como una Hostia consagrada.

Por eso me parece que los primeros premios deberían de ser para esos alpinistas que dejan impresa en las cumbres su amistad hacia sus hermanos de monte. El alpinista que arregla un sendero para facilitar la ascensión al compañero que viene detrás, el que abre una fuente para mitigar su sed, el que planta árboles para que se desaltere con su sombra, etc., se hacen acreedores a una medalla de mérito de compañerismo.



Es justo premiar al ganador de un concurso de altura, el hombre que consigue vivir espiritualmente a 50.000 metros sobre el nivel del mar, es indudable que se halla más cerca de los ángeles que el resto de los mortales. Pero no olvidemos los rasgos de bondad que elevan a los hombres a esas mismas alturas, hoy en día sobre todo, en que el altruísmo y el amor al prójimo se van transformando en plantas de invernadero.

Pequeño rosario de divinos momentos.

Aquí, en el cuaderno de apuntes—ya viejo el pobrete—, tengo incrustados con el fuego del sentimiento—no los escribí, los incrusté; tal era el amor que puse en su redacción—dos días de Mayo que pasé hace años en la soledad de una cumbre con el amigo a quien más quería.

Solos, en la cresta más brava del Aitzgorri, sin una nube en la desnudez del cielo, con la visión emocionada de la tierra vasca a nuestros pies, el sentimiento de la amistad—¿por qué no nos atrevemos a llamarlo amor, si es el único verdadero?—, ese afecto exquisito que alivia tantas inquietudes, lo experimenté allí en toda su enorme fuerza espiritual y acariciadora: en aquel silencio y en aquella soledad parecía que eran nuestras almas y no nuestros cuerpos los que se reclinaban en la hierba, y nuestros ojos se empapaban de árboles y caseríos idealizados por la altura, y solamente las emociones más puras de los llanos volaban hasta nosotros como pájaros celestiales. La campana de una torre nos anunciaba que la hora por nosotros olvidada estaba pasando, muy apagada, muy lejos....

Cuando bajamos ya atardecía, y recuerdo que, quietos, junto al convento de Arantzatzu estuvimos escuchando la *Benedicta* que los frailes cantaban a la Virgen en la iglesia, experimentando una emoción indefinible, empapándonos del romanticismo de unos instantes que tenían demasiado sabor de eternidad para poder olvidarlos.

Y verdaderamente, aunque nos tilden de sentimentales, de eso y nada más que de eso vive nuestra alma: de las ideas de espiritualidad que se posaron en el pasado. Y nosotros somos como nos revelamos en aquellos momentos, en aquellos momentos tan raros y veraces, porque son los únicos que nos atrevemos a vivirlos con alma desnuda.

Qué importa que le achaquen a uno de lírico empalagoso, si él, gracias a ese lirismo, ha conseguido lo que muy pocos lo consiguieron: hacer brotar de sus propios ojos unas lágrimas de emoción que producen el más inexplicable de los consuelos, y la más suave y henchida de las alegrías....

¡Fuera boinas al paso de los sentimentales! que para ellos solos brillan las estrellas....

Cuando la montaña se viste de Mayo.

Así quedó grabada en el cuaderno de apuntes la impresión diáfana de aquella tarde en la cumbre. Al releerla vuelve suave hasta mí como una gaviota del mar azul en el verano de oro:

«Quietud, todo es quietud; solamente los ojos se inquietan con la visión de los colores de primavera, que chillan incrustados en el verde, lejanos, lejanos.

»Allá en el valle, porque es fiesta, todo es reposo; aquí en la cumbre, sobre la

punta de la tierra, tocando el cielo, porque todo es reposo, es fiesta siempre. El monte es el dedo de la tierra que se pone en los labios del cielo, anunciando silencio; pía un pájaro, una hierba se mece, y el gavilán sin mecer su pluma en el espacio duerme.

»Cielo y tierra, con la paz que emanan, la menor rebeldía de nuestras almas van consolando; nuestro espíritu ya no quiere sollozar. La naturaleza acaricia, la naturaleza que exhala una sensualidad pura, como virgen dormida.

»Esa inquietud indefinible de poseer algo que no tiene nombre ni posesión, ese anhelo fáustico de eternidad, que tortura al hombre inteligente que vive de la ciu-



dad y para la ciudad, aquí se aplaca, aquí se esfuma. La pena vuela del alma como un pájaro, y al alma vuela un descanso y un frescor, y el hombre se cambiaría por la hoja que revolotea sobre el abismo.

»Entre la eternidad del firmamento y la eternidad de la montaña, en el hombre se evapora la gota de eternidad que en su pecho lleva. ¡Carne entre cielo y tierra; un ansia de eternidad entre dos verdades eternas!

»En el místico silencio de la tarde desde el llano vuela a nuestros ojos la visión de la tierra vasca, como una ave regocijada de colores llenos de vida. Caseríos diminutos como trozos de greda caídos en el verde, heredades rubias, árboles redondos incubando sombras frías para regalarlas en verano, laderas que las layas van tornando morenas, torres parroquiales en cuyos campanarios sólo anida la hora del mediodía, jardines franciscanos, arroyos brillando como estelas de caracol..... y un tren pequeño que por el barranco se desliza como una gusana, perdiéndose por los túneles, y lanzando un grito apagado cada vez que entra y sale por los ojos del monte..... Lejos, muy lejos, el Pirineo blanco, haciendo un encaje de nácar, el mar que se levanta hasta perderse en una bruma de misterio que parece llamarnos; la lla-

nura alavesa surcada de caminos solitarios como venas que parecen despedirnos, y al costado, frente a nuestro corazón, el Gorbea, seno único de la madre Vizcaya que al sol yace extendida.»

En otra hoja del cuaderno.

Así hacía cantar a la montaña con labios épicos:

«Soy alta y esbelta como un ciprés gigantesco; con mi punta bato a los rayos de la tormenta, y en noches de aquelarre, las brujas vascas—Maritxikerra de Txorropike, Marisans de Tartás—vienen a mis cavernas sobre escobas de brezo. ¡Pero no es este mi mayor orgullo! Yo poseo el don más precioso a que con ansia aspira la humanidad entera: en mí solamente anida la libertad. Yo soy su pedestal, yo su relicario, yo su único baluarte: en mí se cobija huyendo de las ciudades; por eso la voz de la montaña os llama a los hombres. Allí se esclavizan creyendo libertarse; cuando vienen a mí, sólo son esclavos de la libertad. Aquí no hay más ley que la ley de la paz y el silencio; más armas que los árboles que disparan su sombra; más dueños que la luz y los vientos, y al que conquista mi cima yo le enseño a libertarse.

»Libre es mi tierra y mi aire es libre; por eso los robles sagrados que mueren carcomidos en la mezquindad de las villas, crecen en mi suelo pujantes, derramando semilla... En mis riscos se curtieron los guerrilleros de antaño, y de mí han de bajar los triunfadores cuando se oigan redoblar los tambores de la pelea.

»¡Yo soy la montaña, yo doy libertad!»

El solemne «ritornello».

Siempre ha sido tema favorito para mí el de la amistad en el monte. Un recuerdo de amistad en el silencio de las cumbres no se va, no puede irse de nosotros, porque tiene echada el ancla en nuestro corazón. Javelle, tan gran alpinista como poeta, nos habla de uno de esos instantes, en el que la canción de un amigo le hizo llorar de emoción.

«Pero aquel momento—dice—el más delicioso de todos, fué también el más fugaz; ha huído sin volver. ¡Sin volver! ¿Digo verdad? Qué; aquel refugio, aquel último rayo, aquella cima pálida, mi amigo mismo, su canción sublime entonces, aquella lágrima mía.... todo aquello ¿habrá salido de la nada para volver en seguida a la nada? No, no es esa mi creencia; en el día del gran despertar todo eso resucitará. Caed, viejos pinos, bajo el hacha del leñador, y tú, pobre refugio, desaparece abismado bajo las nieves del invierno; tiempo ávido, arruina esas montañas después de haber devorado aquel minuto delicioso; dejémosle, amigo, dejémosle hacer su obra; cuando llegue el día de la eternidad todo aquello nos será devuelto.»

Este retorno de los goces espirituales experimentados en las cumbres en el momento decisivo de la agonía, como un lenitivo de dolor, es un fenómeno, del que nos hablan muchos alpinistas.

Theodore Camús, en su lecho de muerte, al confiar a su hermana el proceso de desintegración de las cosas terrestres que se operaba en él, «hay—la decía—de lo que no me he libertado del todo, que, aunque pertenece a esta tierra, sigue brillando para mí con un esplendor maravilloso, son esas grandes montañas de tres y cuatro mil metros de altura. Son lo más bello que existe en la tierra. ¡Y cuán poca gente las conoce! Cuando muera a ellas enviaré mi último adiós, y doy gracias a Dios, no

por haberlas creado, sino por habérmelas dado a conocer. Con ello me ha permitido lanzar una mirada en el infinito por una ventana abierta sobre la eternidad. Por eso, al acudir ahora a mi mente aquellas correrías por la montaña, me hacen tanto bien».

Yo también creo que en aquellos momentos en que nosotros no podamos ir a ella, la montaña, agradecida, vendrá a nosotros. Entonces conoceremos en toda su bondad al amigo monte. Todas esas crestas de nuestras queridas montañas, que recorrimos alegremente en años de juventud, se inclinarán sobre nosotros para acariciar con la pureza de su sombra nuestro corazón, monte rojo y pequeño, ya sin latidos.

Las cosas buenas y sencillas, los momentos que transcurrieron como rodeados de una aureola divina, los vivimos dos veces más, porque con su emoción punzante consiguieron formar un nido entrañable en las ramas de nuestra alma, y apenas en soledad una suave brisa orea el recuerdo, vuelven, vuelven a nuestra mente, y nos hacen gustar aquel dilecto placer de entonces con más fuerza, con más claridad, más cuajados de sentimiento que cuando, en realidad, los experimentamos con el alma y con el cuerpo.

¡Oh alegría inefable la de poder vivir por segunda vez aquellos instantes inmaculados que transcurrieron inadvertidos, un día cualquiera, en un monte cualquiera! Revivirlos, es vivirlos por vez primera, y con el alma entera palpitando.

¡En los nidos de antaño quedan muchos pájaros ogaño!

Deporte y eternidad.

Siempre me complazco en recordar aquella frase feliz de Maragall: «Bienaventurada la ciudad que tiene una montaña a su lado, porque desde su cima podrá contemplarse». Por eso me parece que es muy feliz nuestra pequeña tierra vasca, porque posee miles de cumbres desde donde pueden mirarse hasta las más diminutas aldeas, y un mar, además, desde cuyo horizonte pueden volver los ojos para contemplarse por última vez.

La montaña, como el mar, son las dos únicas esencias eternas que viven en este mundo, y los deportes que las cultivan hacen que el hombre se divierta con la eternidad; y esto ya es algo.

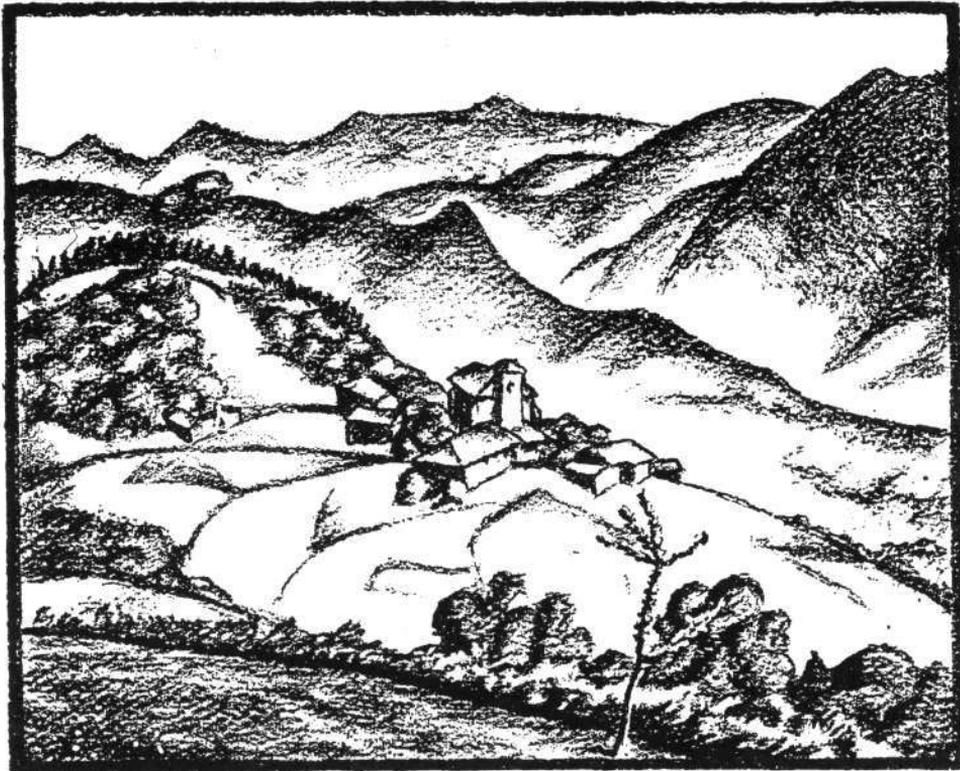
De ahí que al día que he pasado en pleno monte, en la serena soledad de su cima, le he extraído una satisfacción más plena que a otros que transcurrieron ejercitándome en un deporte cualquiera. El jugador sentirá embriagarse de entusiasmo al oír el aplauso de quince mil espectadores; pero más entusiasmo aún, en el silencio de las cumbres, ver los quince mil árboles del bosque que se mueven para uno solo; las quince mil crestas que se levantan en la lejanía para uno solo; los quince mil colores que nacen en las laderas para uno solo; las quince mil armonías que entonan tierra y cielo en las calladas alturas en honor del hombre que sube a robar al sol sus quince mil rayos de vida.

Por eso he dicho que la diversión del alpinista es jugar con la eternidad; ¿quiere decirme el lector si conoce un deporte más sublime?

La tricolor bandera del alpinismo.

El alpinismo no es un deporte de barullos y muchedumbres; los senderos de la montaña conducen al azul sosiego de los cielos. Es el deporte de la soledad, del

silencio, del hombre a solas con su conciencia, deporte de paz—ahora que ésta parece huir de los campos de juego—. Es el deporte de la libertad, porque nuestra palabra y nuestra acción no encuentran trabas en él. Al monte no llega ese mito nefasto que se llama ley; la montaña es el código de la suprema libertad, el altar de los pueblos que ansían ser libres. Es el deporte de la igualdad; en la montaña no existen las diferencias de clase: el más rico allí es el que más sabe gozar y el que



más salud cosecha; por lo demás, todos iguales, todos formados de la misma tierra, ya caminando a dormir en la misma tierra.

Y es, sobre todo, el deporte de la fraternidad, de esa fraternidad que empieza a eclipsarse de todas las manifestaciones deportivas, y que es su mayor virtud. El deporte que ha nacido para hermanar más estrechamente a los hombres hoy en día, y gracias a influencias invertidas de los que consideran la vida con sentimiento torero, se trueca en un elemento tan enemistador como la política, y en vez de dejar en pos de sí huellas de amistad y concordia, deja rastros de enemistad y rencor. ¿Y qué va a ser de esta vida que es una cadena de odios, si hasta de la diversión hacemos un motivo odioso?

Los montañeros tenemos que bajar a la ciudad la paz de las cimas, y una visión elevada de las cosas. Contemos lo que allí arriba hemos aprendido: que todo deporte es para llevar alegría a las almas y no rencor; que es bálsamo y no veneno,

y que la juventud tiene que vivir feliz y contenta por derecho propio. El atentado más criminal contra la vida es el apenar y entristecer a la juventud, el inculcar odios en su pecho para amargarle los días que le sonrían. Porque la juventud sin alegría no será juventud..... será una vejez prematura.

¡Arriba la tricolor bandera del alpinismo!

Igualdad, libertad, fraternidad..... y alegría, siempre alegría.....

MANUEL DE LA SOTA.

(Ilustraciones de Rentería).

